

Madama de la Valliere llevaba despues de algunos años un género de vida tan solitaria, que, sin hacer nada singular, podia dedicar cuasi todos los dias á la meditacion y á la piedad; sin embargo, iba de cuando en cuando á la córte. Partiendo el Rey una mañana para la caza con mucha gente, pasó por el palacio de Birón, y, deteniéndose allí, hizo avisar á la Duquesa que bajase y siguiese la caza, que no duraria mas tiempo que el de un paseo: consintió en ello, y montando con distraccion en la primera berlina que se le presentó, se encontró en una pequeña gondola á solas con madama Scaron, y distinguió delante de ella al Rey con madama de Montespan en una caleza.... (1). Necesitó en este momento de toda la humildad cristiana para soportar semejante situacion: le era extraño verse en público, siguiendo la comitiva del Rey y su amante, retirada con una persona subalterna entonces, y confidenta de madama de Montespan.... La Duquesa estaba lejos de sospechar que esta muger, obscura, protegida por su rival, debia un dia vengarla, y reinar legítimamente en Francial....

(1) Véanse las memorias de Maintenon.

Madama de la Valliere guardaba silencio: madama Scaron tomó la palabra, y habló con tanta gracia y hechizo, que sacó á la Duquesa de su estado pensativo, y llegó hasta interesarla. Muy pronto cayó la conversacion sobre el proyecto de retiro de madama de la Valliere, que desaprobó madama Scaron, principalmente la eleccion de un convento de Carmelitas. ¡Cómo podreis, le dijo, acostumbraros á tales austeridades? Ah! Madama, respondió la Duquesa, mostrando la caleza del Rey; si allí tengo algunas penas, no haré mas que recordar las que me han hecho sufrir esas dos personas (1)!

La condesa de Themine, esta amiga fiel de madama de la Valliere, le escribió suplicándole, prefiriese al convento de Carmelitas un retiro en Turena; agregándole, que dentro de pocos meses iria á verla con la esperanza de traerla consigo: madama de la Valliere le respondió lo siguiente.

„Vuestra amistad no mira mas que el rigor de mi sacrificio; pero no vé sus consue-  
„los, ni sus ventajas. ¡ Ah! ¡ Qué me importa

(1) Memorias de Maintenon.

„dejar el mundo, que nunca he amado, y re-  
 „nunciar á vanos divertimientos que me fatigan?  
 „Me consagro á la obscuridad; pero ¡cuánto no  
 „debo aborrecer la celebridad! Ella forma mi  
 „deshonra, y me colma de dolor!.... Qué mé-  
 „rito puedo tener en abrazar la pobreza? Siem-  
 „pre he despreciado el fausto y las riquezas.  
 „Aun antes que la religion hubiese acabado de  
 „ilustrarme, mi situacion y mis extravios han  
 „debido preservarme de la embriaguez de los  
 „falsos bienes; el brillo, la fortuna, los ho-  
 „nores, no fueron para mí sino otras tantas  
 „manchas. En el seno de la opulencia y de las  
 „grandezas humanas, suspiraba por el olvido y  
 „embidiaba la humilde mediocridad!.... Yo no  
 „hago sino un solo sacrificio; él es inmenso, es  
 „verdad: dejo para siempre lo que amo!....  
 „juzgad por este esfuerzo, del poder del senti-  
 „miento que me determina!.... La razon so-  
 „la me prescribia separarme.... Ya no  
 „soy amada....! Mas, despues de haber triun-  
 „fado de semejante pasion, ¿qué sería de mí  
 „sin la piedad?.... ¡Qué triste victoria, si no  
 „ganase en ella mas que una insípida indife-  
 „rencia!.... Ah! este corazon tan sensible, pue-

„de pues, en fin, amar sin medida, y fijarse  
 „con seguridad!.... Oh! ¡qué reposo se encuen-  
 „tra en un gran sentimiento, al que se puede  
 „entregar con toda la vivacidad de su imagi-  
 „nacion, y toda la energia de su alma! ¡Qué  
 „deliciosos me son mis desvios, y la reflexion  
 „no podrá destruir su dulzura!.... Nada hay  
 „ilusorio en la virtud; todo es real; todo es du-  
 „rable en la felicidad que ella procura: sus bie-  
 „nes, sus placeres no se agotan, la habitud y  
 „la perseverancia redoblan el premio, porque  
 „aumentan el mérito.... Sí, solo la religion  
 „puede dulcificar la amargura, ó el horror de  
 „los mas crueles recuerdos! Ella borra lo pa-  
 „sado, adorna lo presente, encanta lo futuro!....  
 „Lo futuro! no lo mira sino con terror! gracias  
 „al cielo, yá no me es temible! he roto el ve-  
 „lo fúnebre que me lo ocultaba; lo veo, lo con-  
 „templo con delicias; todos mis deseos y mi  
 „corazon se arrojan á él.... Mas, gozo del  
 „tiempo que me separa de la eternidad:  
 „me preparo un destino y galardón inmor-  
 „tal!.... Grandes de la tierra, víctimas in-  
 „fortunadas del tiempo que os devora, agitaos,  
 „atormentaos por frívolos intereses de un mo-

„mento; lejos de embidiaros, os compadezco!.....  
 „Persiguiendo con ardor tantos bienes imagina-  
 „rios, correis tambien con un paso igual hácia  
 „la tumba; ella está entreabierta delante de vo-  
 „sotros; en vano desviais los ojos; vos la en-  
 „treveis á despecho de los errores que os se-  
 „ducen; y este objeto inevitable no ofrece á  
 „vuestra vista sino un abismo!.... En cuanto  
 „á mí, á pesar de la debilidad de un séxo tí-  
 „mido, puedo fijar sobre la muerte un ojo in-  
 „trépido y tranquilo: qué digo! ella es cada dia  
 „el objeto de mis mas dulces meditaciones; ve-  
 „ré desvanecerse el sueño de la juventud, co-  
 „mo se vé acabar un dia tempestuoso: para el  
 „alma religiosa, la pesada vejez no es sino una  
 „noche apasible, seguida de un sueño encanta-  
 „dor!.... Vos me decís, mi amiga, que debe-  
 „ria quedar libre, y seguir el género de vida  
 „de una reclusa: añadís, que entonces podría  
 „hacer mucho bien. Este proyecto sería quimé-  
 „rico, ó, al menos, su ejecucion difícil y peno-  
 „sa: para llenar invariablemente los deberes aus-  
 „teros, hay, sobre todo, necesidad de ejemplos;  
 „cuando todo camina á nuestro rededor con un  
 „paso igual, cuando todos nos dirigimos á un  
 „mismo fin, con el mismo zelo, no sentimos

„nuestra propia fatiga, nos avergonzariamos de  
 „amortiguarnos; la emulacion sostiene nuestras  
 „fuerzas; entretiene el ardor de nuestros pri-  
 „meros movimientos. Ay de mí! Si el ejemplo  
 „solo puede arrastrarnos hácia el vicio, ¿cuál  
 „será pues su poder, cuando nos invita á se-  
 „guir la virtud?.... Pensad, además, que abra-  
 „zando la vida religiosa, puedo infinitamente ser  
 „mas útil á los pobres, que quedandome en el  
 „mundo; pues que con la renuncia absoluta de  
 „todos mis bienes, me es posible darles mas.  
 „¿Cuál es, pues, esa injusta y falsa idea sobre  
 „los claustros, que hace decir, que los que allí se  
 „encienrran son entes tan completamente inú-  
 „tiles como ociosos? ¡A los mundanos toca ex-  
 „clamar sobre la pérdida del tiempo? aquellos  
 „que, aun cuando sus costumbres son inocentes,  
 „lo consumen en diversiones tan pueriles ó tan  
 „peligrosas?.... Ah! cuando sea recibida en ese  
 „santo asilo, donde quiero pasar el resto de mi  
 „vida, expiaré á la vez las faltas, y la ociosi-  
 „dad de mi vida pasada! No abusaré ya de las  
 „facultades de mi espíritu y de mi corazon; no  
 „profanaré mas mi sensibilidad; no obraré mas,  
 „sino con un motivo racional y benéfico; ya no  
 „tendré mas actividad que para el bien!....

„Estado respetable, donde seré obligada, por  
 „conformarme á la ley general, á no hablar  
 „sino para alabar á Dios, ó para servir á mis  
 „compañeras; á no trabajar sino para los altares  
 „de los pobres; á no velar sino para cantar ala-  
 „nzas al Eterno, ó para cuidar á los enfer-  
 „mos!... O Dios mio! entonces gozaré de la  
 „existencia que os debo; emplearé dignamente  
 „todos vuestros dones, y no podré ensoberbe-  
 „cerme de ellos! En el mundo, la regularidad  
 „cristiana parece quasi un prodigio; en el claus-  
 „tro no es sino un simple deber; allí es sola-  
 „mente donde con la perfeccion de la conduc-  
 „ta, se puede conservar la humildad.”

„Vos os admirais que pueda renunciar la  
 „felicidad de vivir con mis hijos; y, bien, mi  
 „misma ternura para con ellos bastaría sola pa-  
 „ra afirmar mi resolucion! No se avergonzarán  
 „de tener tal madre; ella habrá reparado todo!  
 „Voy á merecer su estimacion! Mis errores no  
 „corromperán á mi hija; ella juzgará de mis pe-  
 „sares, de mis remordimientos, por mi sacrifi-  
 „cio; yo saco partido de una gran falta, para  
 „darle la mas sensible leccion! Consagrándome  
 „á Dios, adquiriré todos los derechos de la ma-  
 „ternidad; indigna de guiar á mi hija, estando á

„su lado, instruiré su juventud desde lo interior  
 „de mi soledad: dentro de este palacio no me  
 „atrevo á hablarle de la virtud, sino avergon-  
 „zándome! pero me será permitido recibirla den-  
 „tro de mi claustro; y, allí en mi celda, le en-  
 „señaré sus deberes con fuerza, con autoridad.  
 „Tendré necesidad de decirle, que el amor y la  
 „pompa de las grandezas, no consuelan de la  
 „pérdida de la inocencia! Esa reja, que debe  
 „para siempre separarme del mundo; ese velo  
 „sagrado, que vá á ocultarme á los ojos de to-  
 „dos, serán mas persuasivos que los mas elo-  
 „cuentes discursos. Asegurada que algun dia se-  
 „ré sentida de mi hija, me parece que ahora la  
 „amo mas, y que me pertenece mas!... Sin  
 „duda, despues de seis meses, no puedo mirar  
 „mis hijos sin enternecerme profundamente!...  
 „Mas, si el partido que tomo no tuviera nada de  
 „penoso, ¿cómo podría reconciliarme con el cie-  
 „lo, y conmigo misma? Yo he dado los mas  
 „ruidosos escándalos; debo á la Europa entera  
 „el ejemplo de una grande expiacion! Si, seré  
 „privada de oír cada dia, ó de ver los objetos  
 „de mi afecto.... Existe uno de ellos, á quien  
 „no veré jamás.... Su nombre no saldrá mas  
 „de mi boca!... Poco me costará guardar un

„eterno silencio: ¿qué ganaría en elegir un con-  
 „vento menos austero? no toleraría allí la mis-  
 „ma violencia? ¿me sería permitido hablar de  
 „él?... Mas, en todos los instantes podré ro-  
 „gar á Dios por su felicidad y por su gloria,  
 „con todo el fervor de una dulce confianza!...  
 „Oh! cuán consolatoria y sublime es la cari-  
 „dad cristiana! nos priva el olvido!... y, por  
 „la memoria y los votos, nos une tambien á los  
 „objetos mismos de que la religion nos sepa-  
 „ra!...»

„No me compadezcáis, pues, mi amiga:  
 „pensad en los males de que me liberta mi re-  
 „tiro; pensad que la ingratitude no me hará ver-  
 „ter mas lágrimas!... Ah! cuando no tenia  
 „ningun imperio sobre mí misma, era cuando  
 „merecía vuestra compasion. ¡Cuánto me han  
 „hecho sufrir el amor, los remordimientos, la  
 „vergüenza y el zelo! ¡Qué horroroso me  
 „era pensar, que todos aquellos á quienes  
 „reverenciaba; de quienes ambicionaba sufra-  
 „gios, debian despreciarme!... Qué grato es  
 „salir de un largo abatimiento, volver á con-  
 „quistar la estimacion, y obtener la aprobacion  
 „de aquellos á quienes jamás se ha cesado de

„admirar!... Ay de mí!... yo debo, hasta  
 „la tumba llorar mis faltas; pero ya no estoy  
 „en el caso de las mugeres despreciables: mi  
 „historia no será una autoridad para el vicio;  
 „interesará los corazones sensibles y virtuosos;  
 „se verá en ella que la debilidad produce toda  
 „clase de penas; y que todos los consuelos, una  
 „victoria gloriosa y la paz del alma, son los  
 „frutos felices del arrepentimiento.... A Dios,  
 „mi amiga. Venid, os espero con impaciencia.  
 „¡Qué placer experimentaré viéndoos! Ya no  
 „me avergonzaré á vuestra vista! La continua-  
 „cion de mi vida justificará vuestra fiel amistad.  
 „Venid, no para combatir un generoso desig-  
 „nio; sino, al contrario, para aprobarlo, y para  
 „aplaudir los sentimientos que lo hacen inmu-  
 „table.»

Entretanto, el tiempo se pasaba, y mada-  
 ma de la Valliere veía espirar el término de  
 un año, pedido por el Rey. A excepcion de Bos-  
 suet y el Mariscal de Bellefonds, ninguno en el  
 mundo sospechaba que ella estuviese en vispe-  
 ras de partir.... Hizo pedir secretamente una  
 audiencia á la Reyna, y consiguió el permiso de  
 ella para ir al castillo al anochecer. Sabiendo la

Duquesa que el Rey no vendría á su casa en la noche, pensaba partir aquella misma. Era el mes de Mayo. A las nueve de la noche, madama de la Valliere, vestida de sayal negro, cubierto el semblante con un velo, fué á pie á buscar una silla de manos de alquiler á la plaza, y en este humilde equipage se hizo conducir al castillo. La introdujeron al cuarto de la Reyna, á quien encontró sola en su gabinete. Al entrar la Duquesa levantó el velo, y descubrió un semblante inundado de lágrimas: se acerca temblando, con las manos puestas; se echa á los pies de la Reyna: yo vengo, le dice, á implorar un generoso perdon.... Ah, Madama, no me rechazéis! Dentro de pocas horas estaré, para siempre, encerrada en el convento de las Carmelitas!.... A estas palabras, la Reyna, profundamente enternecida, levanta á la Duquesa y la abraza estrechamente. Oh! exclamó la Duquesa: desde este momento me creo verdaderamente reconciliada con la virtud!.... Cuando pronunciaba estas palabras se abrió una puerta, y apareció el Rey.... El queda inmóvil viendo á la Duquesa en brazos de la Reyna.... Comprendió que recibía el último á Dios, y es-

te pensamiento lo hizo sobresaltarse.... Veía la víctima de su seducción y de su inconstancia, dispuesta á encerrarse para siempre en el claustro mas austero, y la veía todavia en todo el brillo de su juventud (1). La Duquesa se habia puesto encarnada al ver entrar al Rey; sus lágrimas, el vivo color que hermoseaba sus mejillas, el velo de crespon, que relevaba mas su brillante blancura, todo, en este instante, dió á su belleza un resplandor sobrenatural. Luis, contemplándola, tomó su espanto y admiracion por remordimientos.... juró, en su interior, no dejarla partir: esto era obtener sobre ella una segunda victoria: el amor propio tuvo quizá tanta parte en esta repentina resolucion, como la ternura y la piedad.

No pudo la Duquesa defenderse de un movimiento de alegría al ver al Rey, á quien habia creído no volver á ver jamás: echó sobre él la mas tierna y mas dolorosa mirada; pero, al momento, besando la mano á la Reyna y estrechándola fuertemente contra su corazon: á Dios, Madama, le dijo en un tono sensible; pero no obstante muy firme.... A estas palabras, incli-

(1) Tenía la Duquesa veinte y ocho años.

nó profundamente su cabeza, y salió con precipitacion.

Esta aparicion del Rey, habia involuntariamente turbado á la Duquesa en tales términos, que su razon no podia superarla. A las diez de la noche entró en el palacio de Biron, agitada, trémula, y, sobre todo, horrorizada de una alteracion que ella misma se reprendia; procuraba distraerse, presidiendo personalmente los preparativos de su partida. Sus damas y domésticos, instruidos, en fin, de su resolucion, obedecian sus órdenes llorando; ella no oía á su redor sino gemidos: por mas que les repitiese para calmar su dolor, que les habia asegurado á todos una suerte feliz, el reconocimiento aumentaba su pesar; no le respodian mas que por suspiros y sollozos; y la Duquesa mezclaba sus lágrimas, á las que hacia repartir, encantada quizá en su interior, de tener un pretesto para enternecerse y llorar. A las diez y media se oye entrar en el patio una berlina: la puerta estaba cerrada!... Oh Dios mio!... exclamó la Duquesa poniéndose pálida: ¡quereis todavia que sufra una cruel prueba! Oh! dignaos sostener mi valor!... Diciendo estas palabras, se levantó por un movimiento maqui-

nal, como si quisiese huir: en este instante sus damas se dieron prisa á salir, y anunciaron al Rey! La Duquesa cayó en su silla; Luis se adelantó... pero nó era ya aquel Príncipe indiferente despues de tanto tiempo, y tan frio aún la vispera: sus miradas, su continente, su expresion, el sonido mismo de su voz, todo estaba mudado; todo le recordaba á la Duquesa un tiempo, que quisiera olvidar; todo le representaba el hechizo á que habia cedido.... El estaba tierno, suplicante; tenia toda la delicadeza, toda la dulzura atractiva y tímida, que dá la incertidumbre y la esperanza.... Comenzó por declararle, que jamás habia concedido su consentimiento para un proyecto, cuya sola idea le horrorizaba: agregó, que todo lo habia esperado de la amistad, y de un año de reflexion.... Dejádme, prosiguió; abandonadme, pues que no podeis volver á encontrar el reposo, sino á costa de mi felicidad.... Os dejó la libertad de afigirme, y hacer la infelicidad de mi vida; pero nó os permitiré jamás dejaros correr á la vuestra: elegid otro retiro, vivid lejos de mí; pero quedad libre....—Ah! ¿y lo podré hacer? ¡Me es posible estar á la vez separada de vos, y dueña de mis accio-

nes?...—Y ¿por qué huirme?...—Porque ya no pertenezco á mí misma; he jurado consumir mi sacrificio, lo sabeis, y yo no quebranto mis juramentos....—Ese juramento es nulo, es bárbaro, es impío: ¿teneis acaso facultad para abreviar vuestros días? no soportareis tal género de vida....—Ay! he soportado, sin morir, vuestra mudanza!....—Ah! no tengais la crueldad de reprenderme mis faltas: este momento de dolor y de temor, os venga bastante!....—Esas austeridades, que os dan horror, no tienen nada de penoso para mí; estoy acostumbrada á ellas....—¿Cómo? Venid á convenceros, dignaos seguirme. A estas palabras se levanta la Duquesa, toma una llave, que llevaba colgada á su cintura, se acerca á una puerta, la abre con mano trémula, y entra con el Rey en un gabinete misterioso, que presenta á los ojos admirados de Luis el triste aspecto de una celda Carmelita.... Todo el ajuar que allí se veía, era un atahud formando cama; una silla de paja, y una mesa de madera grosera, sobre la cual habia un Crucifijo, una calavera, una lámpara, y un libro de evangelios!.... A penas la Duquesa puso el pie en este humilde santuario de la religion, formado

por su piedad, cuando recobró todo su valor; no le quedó de una afición tan tierna todavía, sino la sensibilidad, que puede dar premio á la victoria; y no la debilidad, que la hace dudosa y excita á compasion. ¿A donde me conducis? exclamó el Rey, penetrado del mas vivo dolor, de admiracion y de piedad.... Qué! en un lugar semejante á este pasará el resto de sus días la mas interesante de todas las mugeres! Qué! tanta juventud, hechizos, dulzura y virtud, quedarán encerrados en esta horrorosa soledad!.... y, yo seré la causa!.... Quereis, abandonandome, dejarme los remordimientos de los tiranos mas desapiadados!.... Ah! respondió la Duquesa; no tengais remordimientos: yo gozo de felicidad; no de aquella fugitiva y frágil, que no se gusta sino temblando, que se escapa con rapidéz, que no puede renacer jamás, y que no deja en lo interior del alma mas que amargos pesares y manchas.... sino de una felicidad inalterable, y que se aumenta con el tiempo. Ah! esta felicidad tan pura ninguno ha podido definirla! Precursora de gozos celestiales, es, como ellos, imposible de pintarse; como ellos solos, produce á la vez todos los tras-

portes del entusiasmo, y toda la dulzura de una calma perfecta!... Quién puede desconocer la esencia del amor divino en sus efectos sobrenaturales! El exalta el alma, la reposa, la inflama, y modera todos sus movimientos; la contenta plenamente, excitando en ella un ardiente deseo, que no puede satisfacerse en esta vida; triunfa de la naturaleza, dando echizo á objetos los mas sombríos y los mas terribles!... Adorna los desiertos; anonada la muerte; nada es para él la imagen de la destruccion de nuestro ser.... Si, todo lo que aquí me rodea, lejos de inspirarme ideas lúgubres, no me habla sino de una feliz inmortalidad!... y este atahud, que os horroriza... ¡con qué placer, desde mas de un año acá, reposo en él cada noche! Los horribles remordimientos no han velado jamás sobre esta cama: yo veo á los ángeles rodearme, me duermo dulcemente al abrigo de sus alas protectoras, y he restaurado el mas delicioso sueño!

Mientras que madama de la Valliere hablaba con toda la energía que puede dar un sentimiento profundo y sublime; el Rey, absorto, la oía y miraba con una especie de arro-

bamiento indecible; jamás la habia encontrado tan bella, tan noble y tan sensible. ¡Oh mi angélica amiga, exclamó: no me abandoneis! Quedaos, para dar á la Côte el ejemplo de todas las virtudes: quedaos, para purificar mi corazon y mudarło. Estareis libre para vivir aquí como en un claustrol.... Yo no os pido sino una amistad fraternal, y estoy pronto á sacrificaros el sentimiento que nos ha desunido.... Consentid en quedaros cerca de mí, y dentro de un cuarto de hora, madama de Montespan, recibirá orden de dejar la corte, sin vuelta y sin dilacion.... Hablad, decid una palabra siquiera, y voy, con enagenamiento y en este instante, á firmar el destierro de vuestra enemiga.... A esta inesperada oferta, la Duquesa se conmovió, mirando fijamente al Rey. Qué! le dijo, ¿consentiriais separaros, para siempre, de madama de Montespan? Ah! replicó el Rey; no lo dudeis: nada me seria costoso por conservaros!... O Dios mio! exclamó la Duquesa, precipitándose de rodillas y levantando sus brazos al cielo: Dios mio! ahora creo que me habeis perdonado! yo puedo ofrecer un sacrificio digno!... Ah! prosiguió; volviendo hácia

al Rey un semblante lleno de lágrimas, orad conmigo!... Que nuestros corazones, juntamente confundidos por una pasión culpable, se hallen unidos por la virtud en este último á Dios!... que yo lleve el dulce recuerdo de algunos instantes de mútua ternura, sin crimen y sin debilidad!.... Orad conmigo!.... que pueda conservar, hasta la tumba, este pensamiento delicioso: *Nuestras lágrimas corrieron al mismo tiempo, nuestras almas se respondieron, y se arrojaron unidas hácia el Eterno!....* Ah! orad conmigo! Ella pronunció estas palabras, con una dulzura y una expresión celestial. El Rey no pudo contener sus lágrimas: estaba de pie, y el exceso de su ternura y de su agitación, lo obligó á apoyarse contra la pared; se cubrió el semblante con las manos, sin tener fortaleza para responder: la Duquesa, levantando los ojos al cielo, con la acción mas patética, dijo: Dios bondadoso, os confío su felicidad; que su trono, que ha adornado con tanto brillo de gloria humana, sea en lo de adelante rodeado de toda la magestad de la religión; que su grande alma, digna de conoceros, se levante hácia vos; que llegue á ser el sostén augusto y el defensor de la fé; que él, en

fin, sienta, que lo que es tan grande, tan consolador, tan útil, no puede ser una ilusión!... O Soberano árbitro de nuestros destinos, velad sobre este imperio, y el héroe que lo gobierna!... que la fama de sus virtudes y de sus triunfos, llegue todavía hasta á mí; que este solo sea el ruido venido del mundo, que pueda interrumpir el silencio religioso de los claustros. Oh! que lo oiga siempre, y no tendré nada que perder, nada que echar menos!... Acabada esta oración con tanto fervor, teniendo aún la Duquesa las manos juntas, quedó algunos instantes absorta en una profunda meditación: en seguida, enjugando sus lágrimas, se levanto, se acercó al Rey, y le dijo con una voz encantadora, pero firme: es preciso separarnos! os dejo mis hijos, y los dejo sin inquietud!... En adelante no recordemos nuestros errores, sino para llorarlos!... mas conservemos con delicia el agradable recuerdo de la santa amistad, que preside á nuestros últimos ádioses!... A estas palabras, Luis, inundado de lágrimas, dobló una rodilla, y, tomándole una de sus manos, le dijo con una voz interrumpida por los sollozos: dejadme rendir el último homenaje al único objeto que he amado!...